



III

DURANTE toda la mañana, Ingmar había luchado por doblar las copas de los sauces de la puerta, en forma de arco de triunfo. Los árboles se resistían á ello; escapábanse y volvían á quedar cubiertos como nunca.

—¿Para qué haces eso?—le preguntó madre Marta, inquieta por esa fantasía que le recordaba las fiestas de esponsales.

—Porque me parece que bien pueden crecer así, durante algún tiempo—respondió Ingmar.

La hora del mediodía llamó al reposo; los obreros, después de haber comido, salieron á la era y se descabezaron para descabezar un sueño.

Ingmar dormía también, pero acostado en una ancha cama en la pequeña pieza que comunicaba con la gran sala, en la que la madre Marta, la única que en la casa permanecía despierta, hacía calceta.

La puerta del vestibulo se abrió lentamente y una viejecita entró con dos canastas que llevaba al cuello, suspendidas de un palo. Sentóse cerca del dintel, y, sin decir palabra, levantó la tapa de sus canastas. Una de ellas estaba llena de bizcochos y de tortas, la otra de panes frescos y dorados. La dueña se acercó para comprar cualquier cosa, pues, aunque avara de sus cuartos, no dejaba de gustarle acompañar su café con algo. Mientras escogía entre los panes, se puso á charlar con la viejecilla, habladora como todas las que andan de casa en casa, y conocen todas las historias de la aldea. Por otra parte, la madre Ingmar tenía su idea.

—Vos, Kajsa, sois una persona sensata y en quien se puede confiar—dijo.

—Sin duda; ¡no faltababa más!; si no supiese guardar para mí lo que

oigo, algunos se arrancarían los ojos.

—Pero algunas veces, lo que puede la costumbre, os calláis demasiado.

La viejecita levantó la cabeza y comprendió:

—Que Dios me perdone, es verdad—dijo, y las lágrimas subieron á sus ojos.—Había ido á Bergskog á hablar con la señora del diputado, pero más hubiera valido que me hubiese dirigido á vos.

—¡Ah! ¡Habéis hablado con la señora del diputado!—dijo la madre Marta con un acento de indecible menosprecio.

Ingmar tuvo un ligero sobresalto, por el dulce rumor de la puerta que se entreabrió. Nadie entró, pero la puerta se había entreabierto. ¿Se había entreabierto por sí misma ó la habían empujado? No lo sabía, y, un si es no es dormido, permaneció tranquilo y oyó las voces.

—Decidme, Kajsa, ¿cómo habéis sabido que Brita no quería á Ingmar?—preguntó la madre.

—¡Oh! por todas partes se sabía que los padres la forzaban—contestó la vieja, évasivamente.

—Hablad sin rodeos, Kajsa, porque, cuando yo os la pregunto, no debéis ocultarme la verdad. Me parece que bien puedo oír lo que podáis decirme.

—Os diré, pues, que, en este tiempo, cada vez que yo llegaba á Bergskog, la muchacha tenía los ojos encarnados. Una vez que estábamos solas en la cocina, yo le dije: «Es una buena boda la que haces, Brita».

—«Sí—me respondió ella, echándome una mirada singular—he aquí uno de los casos en que se debe decir: «¡Buena boda!»—Por su manera de hablar, parecióme que veía venir hacia mí á Ingmar Ingmarsson. Como guapo, no puedo decir que lo sea, pero yo jamás había pensado en ello, á causa del respeto que debo á la familia Ingmarsson. No pude contenerme y sonrei un poco. Entonces Brita repitió: «¡Sí! ¡Buena boda y novio guapo!» Y me volvió la espalda, y se precipitó á su cuarto, desde donde la oí llorar. Pero, en saliendo de allí, yo pensaba, que, á pesar de los pesares, todo iría bien, porque todo les sale bien á los Ingmarsson. Las maniobras de los padres no me

extrañaban: si yo hubiese tenido hija é Ingmar Ingmarsson me la hubiese pedido, no hubiera sosegado hasta que me hubiese dicho que sí.»

Ingmar, extendido en la cama, había prestado oído: «Madre hace hablar á Kajsa así, expreso, pensó. Mi viaje de mañana le causa inquietudes. Imagina que voy á buscar á Brita. Madre no se figura cuán miserable y cobarde soy yo.»

—«Cuando volví á ver á Brita, prosiguió la vieja, estaba instalada ya en la granja, y como la gran sala estaba llena de gente, no pude preguntarla si le iba bien, pero, apenas había transpuesto el pequeño bosque de sauces, ya me hubo ella alcanzado.—Kajsa, me dijo, ¿has estado últimamente en casa, en Bergskog?—Anteayer, la respondí.—¡Oh, Dios mío, tú has estado anteayer y á mí me parece que no he visto aquello desde hace años!—Tenía el aire de no poder oír nada sin estallar en sollozos.—Bien podías irles á ver, la dije.—No, creo que no volveré nunca.—¿Por qué? le dije. ¡Es tan bonito aquello! La selva está llena de bayas, y las moras enroje-

cen los senderos.—¿Las moras están ya maduras? exclamó ella, y sus ojos se tornaron muy grandes.—¡Ya lo creo! Bien podrías ausentarte un día, para ir á comerlas á boca llena.—No: Dios me libre de hacerlo. Después aún me sería más duro regresar ahí.—Siempre he oído decir que se estaba bien en casa de los Ingmarsson: son muy buena gente.—Si, muy buena gente.—La más buena de la vecindad, y gente honrada.—Sí; no se cuenta por cosa contraria á la honradez el forzar á una muchacha á ser su mujer.—Y también son gente capaz.—Si, pero guardan para ellos cuanto saben.—¿No hablan, pues, nunca?—Nunca nadie de ellos dice una palabra más allá de las indispensables.—¿La boda se celebrará aquí ó en tu casa?—Aquí; hay más espacio.—Cuida de que no se retarde demasiado tu boda.—Nos casaremos dentro de un mes, dijo ella. Pero, en el momento de dejarla, pensé en la mala cosecha que habíais tenido, y le dije que tal vez las bodas no se celebrarían este año.—En tal caso, respondió Brita, no tendría más remedio que echarme

al lago.—Un mes después supe que, en efecto, la boda se aplazaba, y subí hasta Bergskog, para poner sobre aviso á la madre.—Me parece que en casa de los Ingmarsson van á hacer algo que acabará mal.—No podemos, me respondió ella, sino contentarnos con lo que hacen: damos gracias á Dios por ver á nuestra hija tan bien establecida.

La vieja se detuvo. Ingmar, que no había perdido una palabra de cuanto había sido dicho, se murmuró á sí mismo:—En verdad, nadie tiene aquí el menor deseo de mandar á buscar á Brita. Y madre no tenía necesidad de quemarse la sangre, por haberme visto esta mañana arreglar los sauces. Estas son cosas que hace uno con el solo fin de atreverse á decir á Dios:—Mi intención era buena; ya viste tú cuál era mi intención.—¡Pero obrar es otra cosa!

—La última vez que encontré á Brita—prosiguió Kajsa—era á mediados de invierno, con nieve alta. Yo seguía un sendero estrecho en plena selva, y marchaba penosamente, pues la nieve derretida resbalaba

bajo mis pies. Distinguí entonces á una mujer sentada y, al acercarme, reconocí á Brita.—¿Te paseas sola por ahí?—la dije.—Sí, me paseo.—Permanecí mirándola, sin entenderla.—Sí, he salido para ver si había montañas escarpadas.—Pequeña, no querrás, me parece, despeñarte de ellas—la dije, porque me aparecía como una persona que ya está cansada de la vida.—¡Ah!—me dijo.—¡De buena gana me despeñaría, si encontrase una montaña bastante escarpada!—Pero, ¿no te da vergüenza hablar así?—Es que soy mala, Kajsa, créelo, y siento que haré alguna maldad; más valdría morir.—¡Qué niñerías!—Entonces se me acercó, con los ojos completamente salvajes.—No piensan sino en torturarme—me dijo—y yo, por mi parte, no pienso sino en torturarles también.—Pero, Brita, ¡si son unas buenas almas!—Sí, sí; ¡unas buenas almas que no piensan sino en deshonrarme!—¿Les has hablado?—¿Yo? Jamás les he dicho una palabra. No pienso sino en hacerles mal: en incendiar esta granja que tanto quieren, en envenenar estas vacas, tan feas, tan

viejas, con tanto blanco alrededor de los ojos, que se creerían de la familia.—Perro que ladra no muerde—le respondí.—No dejaré, no, de hacerles algún daño de todos modos; sin eso no me quedaré satisfecha, no tendré el alma tranquila.—Precisamente lo que haces es querer matar esa tranquilidad de tu alma.—Entonces ella cambió súbitamente, y rompió á llorar en abundancia. Tornóse muy dulce, y se quejó de que fuese tan difícil vivir, en medio de los malos pensamientos que la asaltaban. Yo la acompañé hasta la casa, y al dejarme, me prometió ser juiciosa, á cambio de que me callase sobre lo que ella me había dicho. Yo buscaba á quién podría hablar, pero no me atreví á dirigirme á personajes como vosotros.»

Una campana sonó en la cuadra; el descanso del mediodía había terminado. Madre María se apresuró á interrumpir á Kajsa.

—Escuchad, Kajsa. Una palabra. ¿Creéis que algún día puede arreglarse todo entre Brita y Ingmar?

—¿Cómo?—preguntó la vieja asombrada.

—Quiero decir: si no partiese para América, ¿creéis que ella le aceptaría?

—¿Cómo he de creer cosa semejante? ¡No, de ningún modo!

—¿Le despediría?

—Creo que sí.

Ingmar estaba sentado en su cama, con las piernas colgando.—He aquí el último golpe, Ingmar. Bastante has oído: hay que partir mañana. ¡Y pensar que mi madre se imaginaba hacerme quedar en casa, con demostrarme que Brita no me quiere!—Dió un puñetazo al borde de su lecho; siguió pegando, pegando como si abatiese cosas resistentes.—Ahora, voy á ocuparme de este asunto, cada vez más. Nosotros, los Ingmar, volvemos á empezar lo que ha salido mal. ¡No hay hombre que soporte que una mujer se vuelva loca por rencor hacia él!

Jamás había sentido tan profunda su derrota y ardía en deseos de desquitarse.—Lléveme el diablo, si no enseño á Brita á complacerse aquí—dijo.

Dió el último puñetazo al borde

de su cama antes de levantarse para volver al trabajo:—De lo que si estoy bien seguro, añadió, es de que Gran Ingmar ha enviado á Kajsa, á fin de que yo realizase el viaje á la ciudad.



IV

INGMAR había llegado á la ciudad, y subía con paso lento hacia la cárcel municipal que se ostentaba en lo alto de una pequeña colina, por encima del parque. Sin que, bajo sus gruesos párpados, mirase á su alrededor, se arrastraba casi como un viejo. Había abandonado para la circunstancia su hermoso traje dalicarlio, llevaba un traje de paño negro y una camisa almidonada, abollada ya. Se sentía en una disposición de espíritu solemnisima, pero á la vez, inquieta y temerosa.

Ingmar se detuvo ante la cárcel, se avistó con un guardia y le preguntó si era de veras éste, el día en

que Brita de Bergsborg quedaria libre.

—Creo — respondió el hombre, — que una presa debe salir hoy.

—Yo hablo de una que fué encerrada por haber matado á un niño.

—¡Ah, sí! Esta saldrá antes del mediodía.

Ingmar se apoyó contra un árbol para esperar. Sus ojos no se apartaban de la pesada puerta: «Más de uno de los que han entrado por allí habrá sentido grave peso en el corazón, pensó: mas, sin exagerar, puedo afirmar que nadie lo ha sentido tanto como yo que, no obstante, me quedo fuera... Pero sea como sea, el Gran Ingmar me ha conducido aquí para buscar la novia en la cárcel... Se engañaría quien creyera que el pequeño Ingmar está contento. Bien hubiera querido él que su novia pasase por un arco de triunfo, con la madre al lado. Y que luego hubiesen ido á la iglesia con gran séquito, y que ella se hubiese sentado junto á él, en su traje de desposada, sonriendo bajo la corona de oro.»

Abrióse la puerta una y otra vez,

dejando pasar á un sacerdote, primero, y luego á la mujer y las criadas del director, que bajaban á la ciudad. «Ahora, es ella» dijo Ingmar. Palpitábale el corazón. Sus ojos se cerraron y, cuando tuvo el valor de mirar, Brita estaba ante la puerta, ante la escalinata.

Inmóvil por un momento, echó su velo atrás y sus grandes ojos claros contemplaron el paisaje; por encima de la ciudad, de las colinas y de las selvas, su mirada fué hasta las montañas de su país. Luego, Ingmar la vió, como sacudida por una fuerza invisible, llevarse las manos á los ojos y sentarse en los escalones de piedra. Y, desde el lugar en que estaba, percibió un ruido de sollozos. Atravesó el patio enlozado, se detuvo ante ella y esperó. Brita lloraba tan violentamente que no oyó nada.

—¡No llores así, Brita!—dijo él, al fin.

Ella levantó los ojos.

—¡Dios mío, tú aquí!—exclamó, y en el mismo instante, reconoció, con una claridad singular, todo lo

que ella había hecho contra él, y las muchas cosas que él había tenido que olvidar para encontrarse ahí.

Lanzó un grito de alegría, y le saltó al cuello, sollozando con más fuerza.

—¡Figúrate mi pena!

El corazón de Ingmar se puso á latir al pensar que ella se sentía dichosa al verle.

—¿Qué dices, Brita? ¿Has sentido pena?

—Quería pedirte perdón. ¿Comprendes?

Ingmar se cuadró, frío como una estatua de piedra.

—Esto no corre prisa—dijo;—no podemos permanecer más tiempo aquí.

—No, no es un sitio apropiado—dijo ella humildemente.

—Estoy en casa del droguero Lofberg—dijo Ingmar, mientras se encaminaba á la ciudad.

—Allí tengo yo mi baul.

—Sí, ya lo he visto. Pero es demasiado grande para ir á la traserá del carro. Ya lo recogeremos otro día.

Brita miró á Ingmar. Era la pri-

mera vez que él la daba á entender su intención de llevarla con él.

—Esta mañana he tenido carta de mi padre: me decía que tú consentías en mi marcha á América.

—Pensaba que valía más darte á escoger; porque no estaba segura de que tú consintieses en seguirme.

Ella notó que él no expresó el deseo de llevársela. Tal vez era aún por miedo á comprometerla. Y luego, ¿cómo podía ser sincero el deseo de llevar á Ingmarsgard á una persona como ella?—Dile, murmuró interiormente, que vás á América. Es el mejor servicio que puedes hacerle. ¡Dilo! ¡Dilo!—Pero, mientras pensaba así, oyó una voz que parecía la suya, pronunciar alto;—Temo no ser lo bastante fuerte para ir á América. Parece que allí el trabajo es rudo.

—Sí, eso parece—respondió con dulzura Ingmar.

Brita tuvo vergüenza de sí misma. ¿No había dicho al pastor, la misma mañana, que salía reformada y mejor?

De pronto, Ingmar, vió que se apoyaba contra la pared.

—La cabeza me dá vueltas—suspiró,—entre esa zalagarda y en medio de tanta gente.

El le tendió la mano y continuaron su camino sosteniéndose así.—Tenemos el aire de dos prometidos,—pensaba Ingmar. Y no cesaba de estar preocupado por saber como se saldría del paso con su madre y con los demás.

Cuando entraron en el patio de la casa del droguero, Ingmar dijo á Brita que su caballo había ya reposado y que, si ella no veía inconveniente, podría comenzar su camino el mismo día. Brita sintió que había llegado el momento de rehusar. Rogó á Dios que le revelase si Ingmar se encontraba allí por ternura ó sólo por lástima, porque no quería ser ingrata.

Mientras tanto, Ingmar sacó la carreta de la cuadra; una carreta recién pintada, cuyo cuero relucía, y cuyos cojines llevaban fundas nuevas. Sobre el cupé estaba un pequeño ramo de flores silvestres, medio marchitas. Ella lo advirtió, y se puso á reflexionar. Ingmar volvió á la cuadra; puso el arnés

á su caballo y, cuando enganchó, vió ella que otro pequeño ramillete, también casi marchito, adornaba el collar de la bestia. Entonces se le ocurrió la idea de que, después de todo, Ingmar era dichoso teniéndola, y resolvió callar, con el temor de que él la creyese desagradecida é incapaz de apreciar la belleza de su oferta.

Partieron, y, para romper el silencio, ella le interrogó sobre las noticias del país. Cada pregunta le recordaba á él una persona cuya opinión temía. Por ello no respondía sino con monosílabos y más de una vez Brita estuvo á punto de pedirle que retrocediese:—¡Si hace eso, es por lástima!

Pronto cesó de interrogarle, y las leguas desaparecieron, una después de otra, en medio de un profundo silencio. Pero, apenas llegados á una posada, ella encontró que le esperaban allí café y pan fresco, y en la bandeja más flores. Era evidente que él había encargado todo aquello, la vispera. ¿Era por lástima eso también? ¿O acaso la vispera él era aún dichoso y no se había puesto

sombrio sino al verla salir de la cárcel?

Durmieron por la noche en una posada y, de mañanita, emprendieron nuevamente el camino. Hacia las diez, divisaron la aguja de su iglesia vecinal. Cuando pasaron, el camino de la iglesia estaba ya lleno de gente, y las campanas volteaban.

—¡Oh, Dios mío, es domingo!—dijo Brita, y sus manos se cruzaron involuntariamente.

Lo olvidó todo, en su deseo de dar gracias á Dios y de inaugurar su vida nueva con una plegaria bajo las bóvedas de su antigua iglesia.

—Quisiera ir al oficio—dijo.

Llena de recogimiento y de gratitud, no pensó en lo que podía experimentar Ingmar, el cual estuvo á punto de responderle un *no* seco. ¿Cómo? ¿Afrontarían ya las miradas agudas y las lenguas malignas?... Pero, por otra parte, más pronto ó más tarde, sería forzoso pasar por ello... Ingmar dirigió su caballo hacia el camino de la iglesia.

La multitud esperaba el servicio divino, sentada junto á la pared de piedra. Cuando Ingmar y Brita fue-

ron reconocidos, los codazos y las murmuraciones comenzaron, y no cesaron ya. Ingmar miró á su compañera quien, con los dedos cruzados, parecía no saber donde se encontraba. No veía á nadie, pero Ingmar vió á todo el mundo, sin dejar uno. No faltó quien llegó á correr tras la carreta, y esto no le sorprendió. ¿Quién hubiera podido figurarse, en efecto, que él llegase á conducir á la iglesia, en su coche, á la que había estrangulado á su hijo?—¡Esto es demasiado, pensó, esto es demasiado!

—Será mejor que entres en seguida—dijo, ayudándola á bajar.

—Es claro—dijo ella, pues había venido por la iglesia, y no por la gente.

Ingmar desenganchó, y quitando las bridas á su caballo, le dió un piense, sin prisa. Mirábanle mucho, pero nadie le dirigió la palabra.

Cuando penetró en la iglesia, los feligreses ocupaban ya sus sitios y entonaban el himno del introito. Adelantándose por el pasillo principal, echó una ojeada á los bancos de mujeres; todos los bancos estaban

lentos, salvo uno, y en éste se sentaba Brita. Comprendieron que se había hecho el vacío en torno de ella. Avanzó unos pasos más, se volvió del lado de las mujeres y fué á sentarse al lado de la joven. Ésta levantó la cabeza y abrió unos ojos tamaños, porque no había notado nada. Cuando tuvo conciencia de su aislamiento, la impresión de solemnidad religiosa que la había poseído hasta entonces, cedió el lugar á una tristeza infinita. Para no llorar, agarró el viejo libro de cánticos y plegarias, depositado en el banco, y se abismó en él; pero las lágrimas le impedían leer nada de los evangelios y epístolas que sus dedos hojeaban.

Apenas el pastor descendió del púlpito, salieron de la iglesia. Ingmar enganchó á toda prisa ayudado por Brita; los fieles no habían acabado aún los salmos, y ya ellos habían emprendido nuevamente su camino, preocupados ambos por el mismo pensamiento: quien ha cometido un crimen semejante, no puede ya vivir entre los hombres. Y los dos sentían que en la iglesia habían es-

tado como expuestos á la vergüenza de las miradas.

En medio de su desconsuelo, Brita divisó Ingmarsgard; pero apenas si reconoció la vieja granja, ahora deslumbrante con su fresca pintura roja. Acordóse que se había hablado de repintarla cuando Ingmar se casara, y que la boda había sido aplazada por miedo al gasto de la pintura. Comprendió que Ingmar había querido reparar sus injusticias, pero comprendió también que la cosa le parecía muy penosa.

Cuando entraron en la casa, todo el mundo estaba sentado á la mesa.

—¡He aquí el amo!—dijeron los criados mirando hacia fuera.

Madre Marta levantó apenas los párpados soñolientos.

—Quedáos todos—dijo;—nadie tiene necesidad de dejar la mesa.

La vieja atravesó la pieza pesadamente, y los criados observaron que se había puesto, como para realzar su dignidad, sus ropas de fiesta, su chal de seda á las espaldas y su mantilla de seda á la cabeza.

Se mantenía en el marco de la puerta cuando el caballo se detuvo.

Ingmar saltó á tierra; Brita permaneció sentada. Él pasó al lado de ella y desabrochó el delantal del coche.

—¿No bajas?

—No... no.

Habia roto á llorar y mantenía obstinadamente las manos ante los ojos.

—¡No hubiera debido volver nunca!—dijo en sollozo.

—¡Sí, mujer! ¡Baja!—prosiguió Ingmar.

—Déjame volver á la ciudad. No puedo ser bastante buena para tí.

Ingmar se quedó plantado, con el delantal del coche en la mano.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó la madre desde la puerta.

—Dice que no es bastante buena para nosotros—respondió Ingmar, porque Brita no llegaba á hacerse entender, á causa de sus lágrimas.

—¿Y por qué llora?—preguntó la vieja.

—Porque soy una miserable pecadora—respondió Brita, con las dos manos sobre su corazón, que se rompía.

—¿Cómo?—preguntó de nuevo la madre.

—Porque es una miserable pecadora—repitió Ingmar.

Cuando Brita le oyó repetir estas palabras con una fría é indiferente, al fin la verdad saltó á sus ojos. No, nunca las hubiera repetido si la hubiese amado, si hubiese sentido el menor afecto por ella.

—¿Por qué no baja?—interrogó la vieja.

Brita luchó con sus lágrimas, y respondió al fin, con voz clara:

—Porque no quiero llevar á Ingmar á la desgracia.

—Me parece que tiene razón—dijo la dueña de Ingmarsgard.—Déjala partir, pequeño Ingmar. Si no, quien partirá seré yo. Yo no dormiré una sola noche bajo el mismo techo que esa mujer.

—¡Por el amor de Dios, déjame partir!—gimió Brita.

Ingmar volvió el caballo con un juramento, y saltó á la carreta, sin fuerzas para luchar, asqueado de todo.

A lo largo de la ruta, se cruzaron varias veces con personas que volvían del oficio. Ingmar se sintió mo-

lesto, y dirigió su caballo del lado de la selva, hacia el antiguo camino vecinal, estrecho, pedregoso, lleno de baches, pero por donde el cochecillo podía pasar sin dificultad.

En el momento en que entraba en él, alguien le llamó. Era el cartero que le tendía una carta. La guardó en el bolsillo, y se introdujo bajo los bosques.

Una vez en descampado, detuvo al caballo y sacó la carta; pero inmediatamente Brita puso la mano sobre su brazo.

—No leas—dijo.

—¿No debo leerlo?

—No, no vale la pena.

—¿Cómo lo sabes?

—La carta es mía.

—Dime pues lo mismo que pusiste en ella.

—No puedo.

Él la miró. Su rostro se había encandecido y una especie de angustia le daba una mirada extraña.

—Me parece que voy á leer de todas maneras esta carta—dijo Ingmar.

Comenzó á abrirla. Ella intentó

vanamente arrancársela de las manos.

—¡Oh, Dios mio!—suspiró.—¿Tendré que sufrirlo todo?

Suplicó:

—Ingmar, espera unos días á leerla; que yo me encuentre ya sobre el barco.

Pero él había desplegado ya el papel y lo recorría con la vista. Ella puso la mano encima:

—Escucha, Ingmar, quien me ha hecho escribir eso es el pastor: me había prometido guardarlo, y no mandártelo sino cuando yo me encontrase en alta mar. No tienes derecho á leerlo. Deja que parta antes que la veas.

Ingmar le lanzó una mirada furiosa y saltó del coche para no ser estorbado.

Brita había entrado en una de esas rebeliones que la agitaban en otro tiempo cuando chocaba con una voluntad más fuerte que la suya.

—¡No es verdad nada de lo que eso dice!—gritó.—Es el pastor quien me lo ha hecho escribir. ¡Yo no te quiero, no te quiero! ¿Oyes, Ingmar?

El levantó los ojos y le lanzó una

larga mirada de asombro. Entonces ella se calló, y la humildad, que le habían enseñado en la cárcel, se despertó en su corazón; en verdad, no sufriría más allá de lo que había merecido.

Ingmar permanecía de pie, agitando su carta. De repente, la arrugó entre sus dedos ásperos, y su garganta lanzó un rugido.

—No entiendo una palabra—dijo golpeando el suelo con el pie.—Todo danza ante mis ojos.

Dió la vuelta á la carreta y agarró violentamente el brazo de Brita.

—¿Es verdad lo que dices ahí, es verdad que me quieres?

Su voz era brutal, y la joven permaneció muda al verle tan terrible.

—¿Está escrito en la carta que me quieres, si ó no?—repitió con rabia.

—Sí—dijo ella con voz sorda.

El la sacudió por el brazo. Luego la rechazó violentamente.

—¡Como mientes!—exclamó.—
¡Como mientes!

Su rostro se contrajo en una risa áspera y dura.

—Dios sabe—dijo ella solemnemente que mi plegaria de todos los

días ha sido por volverte á ver antes de partir.

—¿De partir adónde?

—Pues, á América.

—¡Lléveme el diablo si te dejo partir!

Ingmar no era ya dueño de sí mismo; dió algunos pasos titubeando hacia los sotos, se echó por tierra y rompió á llorar. Brita le siguió y se sentó á su lado; se sentía dichosa, dichosa, hasta tener ganas de reír.

—Ingmar, pequeño Ingmar—murmuró, como en una caricia.—Déjame hablarte. ¿Te acuerdas de que, ante el tribunal, hace tres años, dijiste que, si yo cambiaba de sentimientos, te casarías conmigo? No creía yo que nadie hubiese podido decir una cosa tan bella, sobre todo después de lo que te había hecho. Entonces te miré, y me pareció que tenías mejor aspecto que los otros, y que eras el más capaz de todos, y el único con quien sería bueno el vivir. Y te me hiciste tan querido, que estaba segura de que vendrías á buscarme: pero luego no me atreví á creerlo.

Ingmar levantó la cabeza.

—¿Por qué no me has escrito?

—¡Si te he escrito!

—Sí, para pedirme perdón, pero no era eso.

—¿Pues qué debía decirte?

—Lo otro.

—¿Como, como? No me he atrevido á hacerlo sino contando con la promesa del pastor, de que no te mandaría la carta sino después de mi partida.

Ingmar tomó la mano de Brita, y la aplastó contra el suelo.

—Te pegaré—dijo.

—Haz de mí lo que quieras, Ingmar—respondió ella.

Levantando los ojos hacia el rostro á que el sufrimiento había dado una belleza nueva, él se levantó y apoyóse pesadamente en la espalda de ella.

—Poco ha faltado para que Ingmar te dejase partir... ¡Oh, bien contento estuve al saber que te ibas á América!

—Sí, lo sé; padre me lo ha escrito.

—Y cuando yo miraba á mi madre me parecía imposible darle como nuera una mujer como tú.

—Y en verdad que es imposible, Ingmar.

—¡Cuántas molestias, cuántos enojos he padecido por tu causa!... No te digo eso porque esté enfadado, pero ¡piensa si llego á dejarte marchar!

Y la interrogaba, insistía, la hacía repetir cuánto había pensado en él; á que añoranzas le movía su recuerdo. Y se calmó poco á poco, como á un niño á quien cantan una canción de cuna.

De repente, se interrumpió y le dijo, con la mayor dulzura:

—¿Hay algo que quisieras contarme?

—Sí.

—¿Piensas en ello á menudo?

—Noche y día.

—¿Y este pensamiento se mezcla á todo?

—A todo.

—Cuenta pues, para que seamos dos los enterados.

Vió reaparecer en sus grandes ojos ese espanto, ese terror, que había conocido en otro tiempo y que, á medida que hablaban, se disiparon y desvanecieron.

—¿Y ahora ya no deseas partir, verdad?

—¡Oh, bien sabes que querría quedarme! Pero es imposible, pequeño Ingmar, es imposible.

—Yo pienso, al contrario, que es posible. Porque de aquí en adelante, nada me importa en ese mundo, sino tú. Volvamos á casa.

—No, no me atrevo—dijo Brita.

—Madre no es tan terrible cuando se dá cuenta de que se sabe lo que quiere... Luego, voy á decirte una cosa—añadió con una sonrisa misteriosa,—tú no debes tener miedo; hay alguien que trabaja por nosotros, y es padre. Ya verás como él lo arregla todo.

Alguién se acercaba por el camino. Era Kajsa, pero ellos al pronto no la reconocieron, porque no traía sus cestas.

—¡Buenos días! ¡Buenos días!—dijo ella en cuanto los divisó.—Estáis sentados tranquilamente, mientras todos los criados de Ingmarsgard os están buscando. Tan aprisa habéis salido de la iglesia que no he tenido tiempo de dar los buenos días á Brita. Entonces he ido á la granja. El pastor había ido también allí, á toda prisa, y, apenas había tenido y o

tiempo de hacer mis reverencias, ya estaba él en el salón y gritaba á la madre Marta:—Ahora, madre Marta, podéis estar contenta de Ingmar. Bien ha demostrado ser de la vieja raza, y que ha llegado la hora de llamarle Gran Ingmar—Madre Marta estaba allí tiesa, anudando y desanudando su mantilla.—¿Qué decía el pastor?—preguntó al fin.—Decía que se ha traído á Brita, y que creo que por eso se verá honrado, mientras aliente. Cuando les he visto en la iglesia, he perdido el hilo de mi sermón, porque me parece que ellos son el mejor sermón que pueda hacerse. Ingmar nos será un ejemplo, como su difunto padre.—Grandes noticias me dá el pastor.—¿No ha vuelto aún?—No. Aún no ha vuelto á casa. Pero es que tal vez han ido antes á Bergskog.

—¿Madre ha dicho esto?—exclamó Ingmar.

—Sí, y mientras la esperábamos, he mandado uno tras otro á todos los criados, para que os buscasen.

Kajsa continuó hablando, pero Ingmar no la escuchaba ya. Estaba lejos, muy lejos con sus pensares...